Construcción, inauguración del Altar definitivo y descripción de la Real Capilla de Ntra. Sra. de la Cinta

(Del libro de La Santa Cinta de Tortosa de Mariano Jover Flix)
(Del VIII Centenario)

Treinta años después de la terminación de las obras y de haberse inaugurado el culto en la capilla se pensó en construir el altar definitivo, pero desde la fecha en que empezó a hablarse de la construcción del nuevo altar hasta su terminación, que fue en 1825, transcurrieron cien años justos desde la inauguración de la Capilla.

El canónigo Matamoros en la ya citada obra *La Catedral de Tortosa*, pág. 193, dice: «Durante este largo lapso de tiempo se formaron proyectos y más proyectos y se encomendó el proyecto a los más afamados artistas de aquella época.

Recorriendo las actas capitulares de una infinidad de años damos con las siguientes noticias que constituyen un verdadero récord de proyectos, demostrativo de los anhelos que animaban al excelentísimo Cabildo de acertar en la elección y de dar con el artista, hábilmente excepcional, a quien encomendar la soñada obra del altar».

«En 1754, se le encomienda el diseño del tabernáculo (altar), al pintor Tomás Bayerri.»

«El mismo año, un célebre cartujo del convento de *Scala Dei* hizo otro diseño del tabernáculo.»

«A su vez y en el propio año, el maestro Antonio Ferrer y Fray José de la Madre de Dios intervinieron en el proyecto del diseño.»

«En 1757, se requiere a otro hábil arquitecto de Yglesuela para que trace nuevo diseño.»

El excelentísimo Cabildo, según puede verse en una de las actas de 1761, consultó al eminente escultor José Tomás sobre si el altar debía construirse de madera o de jaspes. A seguida de esta consulta se tomó en firme el acuerdo de construir el altar, decidiéndose que se emplearan en él los jaspes de los montes tortosinos.

Por aquel tiempo, ya dentro del año 1762, conforme una nota del Archivo, el Rey autorizó la extracción del jaspe necesario para el altar.

Algunos años después de la Real autorización, hace un nuevo diseño del tabernáculo el arquitecto tarraconense José Prat. Por las fechas escalonadas que venimos registrando, todas ellas sacadas de documentos auténticos, puede verse cuán a paso lento andaba el Cabildo en la adopción de sus resoluciones, relativas a la construcción del altar.

Ya poco a poco nos vamos acercando al final del zarandeado proyecto.

De 1792 es una nota en que Antonio Oliver y Aldobrando Zanagua, marmolistas italianos establecidos en Barcelona, se ofrecen a trazar el definitivo diseño del altar de piedra y a proporcionar los mármoles necesarios, excepción hecha del jaspe, que debía extraerse de la cantera local.

En 4 de mayo de 1822 se presenta al fin y se aprueba el plan del retablo, empezándose seguidamente la obra con tal actividad que ya dentro del mismo año habíanse gastado treinta mil reales de un legado de cincuenta mil, hecho con destino a la fábrica de dicho retablo por el canónigo don Mariano Freixes.

El 23 de abril de 1824 se acordó trasladar el Relicario de la Cinta al altar frontero de San José y desmontar el altar provisional con objeto de dar principio a la instalación del nuevo, que se estaba construyendo.

«Últimamente, a vuelta de prolongadísima gestión, quedó erigido el magnífico altar que, con gran solemnidad, bendijo el Obispo Gordó Saez en 8 de octubre de 1825 vigilia de la festividad de la Santa Cinta, coincidiendo esta bendición con el primer centenario de la bendición de la capilla.»

Continúa diciendo el doctor Matamoros que no se tienen noticias de quiénes fueron los autores del citado altar, por no haberlo hallado consignado en ningún documento de la época ni en trabajo alguno de los cronistas locales. Lo que sí parece indudable —dice— es que el altar es obra de dos maestros distintos. Fue uno el escultor tallista del jaspe, de que se componen el basamento, las columnas, el arquitrabe y la cornisa, que bien pudo ser Antonio Verderol, constructor, tres años después, de los altares, del mismo orden y estilo, de San Agustín y San Rufo; y el otro habilísimo escultor, maestro de primer orden, que talló en mármol de Carrara el Descenso de la Virgen, las dos soberanas estatuas de San Pedro y San Pablo, y los ángeles que coronan el cornisamento. De este otro, que debía ser, por la muestra, un artistazo, no tenemos más rastro verosímil que el del escultor zaragozano José Ramírez, que por aquel tiempo, poco más o menos esculturó, en mármol de Carrara también, el descenso de la Virgen del Pilar, que figura en el retablo de la Capilla angélica y tiene grandísimo parecido de estilo y forma con el descenso tortosino. La coincidencia, mientras no se demuestre lo contrario, nos inclina a conceptuar a Ramírez como autor de la estatuaria de nuestro altar.

«No obstante esta coincidencia, hemos de admitir como muy probable el hecho de que fueran unos italianos los autores de la predicha estatuaria (¿Oliveri o Zanagua o descendientes de estos quizás?), establecidos, por aquellos años, en Barcelona.

«Esta era por lo menos la tradición que recogimos, siendo niños, de labios de algunos ancianos de últimos del pasado siglo.»

DESCRIPCIÓN DE LA REAL CAPILLA

Apenas se entra en la Real Capilla de Nuestra Señora de la Cinta, contémplase la transición de la elegancia y severidad gótica de la Catedral a las nuevas líneas del Renacimiento con una hermosa fábrica del arte barroco de sus nuevos reformadores de comienzos del siglo XVII.

El largo total de la Capilla es de veinticinco metros de longitud (seis metros el presbiterio y diecinueve metros la nave) y su anchura, medida por las columnas de entrada, es de siete metros. Está flanqueada por elegantes columnas de jaspe de las canteras locales rematadas con capiteles de bronce dorados a fuego, de original decorado, con tendencias al orden corintio y coronados por un cornisamento de mármoles combinados. El crucero mide diez metros veinte centímetros y, a ambos lados, se hallan dos puertas, en las que en sus respectivos arquitrabes se levantan dos tímpanos de mármol blanco, y en cada uno de sus centros álzanse dos ángeles también de mármol.

Su fachada está formada por un arco de catorce metros de altura. Todo el zócalo, pilastras y cornisa son de piedra de jaspe con embutidos de mármol blanco de Carrara y negro de Génova. El zócalo, pedestal, pilastras y cornisa de sus pilastras forman un hermoso friso o arrimadillo de dos metros con veinte centímetros de altitud que se extiende por todo el ámbito de la Capilla.

En el próstilo, este cornisamento sostiene una acrótera a cada lado, en cuyo zócalo de mármol descansan las estatuas de San Pedro y San Pablo de dos metros de alto. Al centro se halla la hornacina que contiene la magnífica urna de plata que guarda el Relicario de la Santa Cinta. Esta hornacina está cerrada excepto en ciertas festividades en que la Reliquia es expuesta a la veneración de los fieles.

Sobre dicha hornacina se halla la imagen de la Virgen de la Cinta esculturada en mármol blanco en una gloria de nubes rodeada de ángeles que destaca como coronamiento del frontis de esta Capilla. La anchura del presbiterio es de siete metros quince centímetros. En la parte del presbiterio hay dos nichos a cada lado y dentro de ellos un símbolo en mármol blanco alusivos a la Santísima Virgen. En el nicho de la derecha del altar y más contiguo a éste se halla el símbolo del Arca de la Alianza (Federis Arca). En el siguiente la Torre de David (Turris Davídica). En el de la izquierda más contiguo al altar está la Puerta del Cielo (Yanua Celi) y en el otro la Causa de nuestra alegría (Causa nostrae Letiziae).

Para buena memoria del que fue canónigo de esta Iglesia don Mariano Freixes, natural de la villa de Bot, se hace constar que el referido altar y los cuatro descritos símbolos fueron costeados por el citado canónigo y que no pudo verlo terminado por haber fallecido el día 13 de septiembre de 1821 a causa de la epidemia de la fiebre amarilla que en dicho año azotó la ciudad de Tortosa.[1]

El altar quedó concluido el año 1825 y lo bendijo el Obispo don Víctor Damián Sáez.

En el citado manuscrito de Pinyol Osset dice que fue el día 9 de octubre.

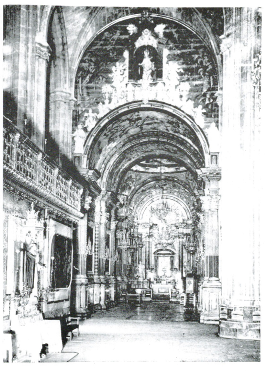
«El mismo día el señor Obispo trasladó la Reliquia de la Santa Cinta al nuevo altar desde el de Sn. Josep donde se hallaba desde que empezó este altar; y en seguida dixo misa rezada en él. Es bien de notar que el día que esta Santa Reliquia fue trasladada al Altar nuevo, se cumplieron los cien años justos que fue trasladada desde el Altar viejo a la nueva capilla que queda descrita.»

También se trasladaron allí los restos del insigne Obispo don Luis de Tena que estaban en la capilla del ábside y su sepultura consta que está entrando en la Capilla a mano izquierda, por una inscripción que se halla muy cerca del pavimento que dice: *«Hic jacent ossa Illmi. et Revmi. Dni. Ludovici Tena, Episcopi Dertusensis»*.

Igualmente a la entrada de la nave y en el centro se halla la sepultura donde se enterraban los cofrades.

En el presbiterio, en la parte colateral a la puerta de la sacristía, está la sepultura del Obispo don Manuel Ros de Medrano, que, víctima de la caridad por atender a los enfermos de la epidemia de fiebre amarilla, falleció el 23 de septiembre de 1821. Sus restos fueron trasladados a la Capilla de la Cinta el 6 de febrero de 1827.

Para terminar la descripción digamos que el pavimento de toda la nave está enlosado de jaspes y mármoles blancos y negros. Sobre la grada del presbiterio se apoya una hermosa barandilla de mármol y jaspes con balaustres labrados.

Completa el ornato de la Capilla, además de las pinturas que se describen en otro lugar, un juego de lámparas que se instalaron en el año 1928, costeadas por la Corte de Honor y que con su espléndida luminaria realzan las bellezas artísticas de esta majestuosa Capilla.

1. Del manuscrito inédito sobre la Santa Cinta, de Pinyol Osset (1826).